

peticiones mías, señor Presidente.

Esto es, que se exima este proyecto del trámite de comisión y, si se acuerda, que se le incluya en la tabla de fácil despacho.

El señor Huerta (Vicepresidente).—Ruego a Su Señoría que se sirva enviar por escrito sus indicaciones a la Mesa.

11.—PENETRACION DEL NACIONALISMO ALEMAN EN EL SUR DE CHILE.—CONTESTACION A UNAS OBSERVACIONES DEL SR. BARRENECHEA.

El señor Urrutia Ibáñez. — En la sesión del miércoles último no pude contestar de inmediato el discurso de mi honorable colega señor Barrenechea referente a la penetración del nacional-socialismo alemán en el sur de Chile, por haber llegado al término de la sesión cuando iniciaba mis observaciones.

Al hacerlo hoy empiezo por manifestar que es extraño que el grave peligro de esta penetración, que importa, según mi honorable colega, una amenaza a la integridad misma de nuestra soberanía y de nuestra nacionalidad, lo haya descubierto un Diputado por Cauñín domiciliado en Santiago y no uno de los ocho Diputados por Valdivia, todos regionales y que conocen muy bien su región. ¿O acaso somos todos nacistas o estamos ciegos para no ver que se acerca para dominarnos la formidable falange de las camisas pardas?

El señor Godoy.— No hay peor ciego que el que no quiere ver.

El señor González von Marées.— El hecho denunciado no tiene nada que ver con el nazismo chileno.

El señor Urrutia Ibáñez.— No me estoy refiriendo al nazismo chileno.

El señor Martínez (don Carlos Alberto).
— ¡Cuándo ven nada Sus Señorías!

El señor Latcham.— Me permite, una palabra.

El señor Urrutia Ibáñez.— Es verdad que de él profesado de las escuelas alemanas.

Señaló en su mayoría importado y no oculta. En sus conversaciones su admiración por el imperio y su devoción a los ideales que es.

El jefe sustenta, y también es verdad que existe una corriente en la juventud chileno-

alemana que cree con sinceridad que Chile sólo será grande y feliz cuando tenga un mandatario al estilo de Hitler; pero yo estoy cierto de que este movimiento no se difundirá, porque hay tres fuerzas poderosísimas que le ponen un dique infranqueable.

Primeramente, la tradición de los fundadores de las colonias alemanas, quienes no fueron vulgares inmigrantes, sino en su mayoría hombres cultos, que vinieron a Chile huyendo de la opresión con que un régimen de monarquía absoluta los aplastaba, y en busca de la libertad política y religiosa que tanto anhelaban. Aquí encontraron esa preciosa libertad y fundaron gustosos sus hogares, y por eso se les reconoció el derecho de mantener escuelas para educar a sus hijos en el idioma de sus padres. Pero en esas escuelas, que son modelo de orden, espíritu de trabajo y eficiencia...

El señor Dowling.— Hable Su Señoría de los alemanes de hoy.

El señor Urrutia Ibáñez... se leen estas bellas frases pronunciadas en 1850, en presencia de Pérez Rosales, por el respetable y sabio profesor don Carlos Andwanger, fundador de la escuela alemana de Valdivia, y que yo he leído grabadas en mármol:

"Seremos chilenos honrados y laboriosos como el que más lo fuere. Unidos a las filas de nuestros nuevos compatriotas, defenderemos nuestro país adoptivo contra toda agresión extranjera con la decisión y la firmeza del hombre que defiende a su patria, a su familia y a sus intereses".

Los hijos de Andwanger y de los demás colonizadores han cumplido fielmente con esa promesa, que es como un juramento de chilenidad y arraigados a la tierra chilena, como el roble araucano, en tercera y cuarta generación, después de haberla cultivado con el más tesonero esfuerzo y de haber formado los campos de cultivo más valiosos del Sur, son hoy tan chilenos como nosotros y como nosotros aman la libertad y el Gobierno republicano democrático y aborrecen a la tiranía que sus antepasados también aborrecieron.

— Hablan varios señores Diputados a la vez.

El señor Dowling.—Como a Hitler...

El señor Boizard.— Cuando hablan Sus Señorías siempre se les escucha con tranquilidad. ¿Por qué no se oye en la misma forma al honorable Diputado que está con la palabra?

El señor Dowling.—No necesitamos consejeros.

El señor Boizard.—Creo que lo necesitan...

El señor Urrutia Ibáñez.—De sus descendientes, los más inteligentes y cultos de los jóvenes alemanes terminan sus estudios en los Liceos de Valdivia, Osorno y Puerto Montt, que están en muy buen pie, o en las escuelas 'universitarias' y técnicas de Santiago y Concepción y hacen su servicio militar en nuestros regimientos y muchas veces en las escuelas Naval y Militar, y naturalmente en este ambiente del más puro nacionalismo no han de ser unos simples trasplantados del suelo alemán.

El señor Pairoa.—Yo conozco hijos de alemanes que no conocen el nombre del Presidente de la República.

El señor Urrutia Ibáñez.—También hay algunos chilenos ignorantes que tampoco lo conocen, honorable Diputado.

El señor del Campo.—¿Y quién sabe en qué estado estarían esos jóvenes cuando tal pregunta se les hizo!

El señor Pairoa.—Precisamente, las personas a que me refiero eran estudiantes del Instituto de Osorno.

El señor Urrutia Ibáñez.—Y por último, siendo el español el único idioma de las multitudes en el sur de Chile, de los campesinos, obreros, funcionarios, profesionales y del comercio y de la industria, y el que se oye en el teatro y en la calle y se lee en los diarios, la propaganda de una veintena de profesores alemanes y de un grupo de jóvenes nazistas es muy limitada y carente de todo eco resonante.

Si estos profesores hicieran realmente propaganda política, en desprestigio de nuestro régimen republicano democrático, bastaría para reprimirlos con que los llamasen fuertemente al orden nuestras autoridades educacionales y administrativas. Y estoy seguro de que los que más apañarían este llamado al orden serían los

propios descendientes de las antiguas familias alemanas de Valdivia y Osorno, Puerto Varas y Puerto Montt, porque todos ellos ven con profundo disgusto que se haga propaganda directa del nacional socialismo alemán en Chile, a sabiendas de que el propio Hitler ha declarado que su sistema no es artículo de exportación.

El señor Latcham.—Eso no lo dijo Hitler, honorable Diputado; lo dijo Mussolini...

El señor Urrutia Ibáñez.—Yo también me atrevo a pedir al señor Barrenechea que se abstenga en lo sucesivo de pronunciar frases ofensivas para el Gobierno alemán...

—Hablan varios honorables Diputados a la vez.

—El señor Presidente agita la campanilla.

El señor Pairoa.—El honorable Diputado no ha dicho nada en contra del pueblo alemán...

El señor Godoy.—Una cosa es el pueblo alemán y otra Hitler.

El señor Urrutia Ibáñez.—... como esas que dijo en la sesión pasada en contra de la cruz swástica que ostenta la bandera alemana, la cual honra y venera el pueblo alemán. Esas palabras imprudentes pueden producir profundo malestar aún entre los alemanes que no son nazistas, pues, ante el emblema patrio, se borran las divisiones de partidos y de sectas. Porque si podemos prohibir a los profesores germánicos criticar nuestro régimen de Gobierno y aún expulsarlos como indeseables si lo hacen, no tenemos derecho para lastimar su amor a Alemania, por ser grande, culta y gloriosa.

Y porque nunca debemos olvidar la constante buena voluntad de Alemania para con nosotros. Basta recordar el rasgo de Bismark en nuestras dificultades de 1879 y las facilidades que Alemania nos dió para traer nuestro fondo de conversión en plena conflagración del año 14.

Fueron alemanes los iniciadores de las investigaciones científico-naturales en nuestro país; alemanes los mejores instructores de nuestro Ejército; sabios alemanes los fundadores de nuestra pedagogía, mé-

deca e ingeniera, y han sido también alemanes los organizadores de nuestros comienzos fabriles e industriales, y es muy sabido que descendencia de esos grandes hombres de ciencia, esforzados industriales, eminentes pedagogos y grandes intelectuales que llegaron a Chile a guiar nuestros primeros pasos de nación adolescente, han formado sus hogares en esta tierra y son tan chilenos como el que más.

En cuanto a que haya peligro de absorción alemana y de persecución a los judíos en el Sur de Chile, no puedo tomarlo en serio y debo creer que el honorable señor Barrenechea, por celo nacionalista y exceso de patriotismo, ve fantasmas. Y en vez de censurarlo yo lo aplaudo, pues, alucinarsse, como Juana de Arco, por amor a la Patria, es hermoso y enaltecedor.

Por eso yo me asocio a su petición de que las autoridades educacionales y administrativas tomen todas las medidas conducentes a reprimir con la mayor energía toda acción política en Chile del Partido Nacional-Socialista Alemán.

Pero, necesitamos proceder con cordura, aplicar los reglamentos y hacer valer la autoridad de los Intendentes y Gobernadores, para impedir que tanto los profesores alemanes como los chilenos se abstengan de prédicas de carácter político y cumplan con el deber elemental de enseñar su especialidad, y no la ciencia gubernamental, que conocen superficialmente y por la lectura de libros mal dirigidos.

Con criterio liberal, o sea, reflexivo y mesurado, me limito a solicitar del señor Ministro de Instrucción Pública que en este caso mantenga la tradición invariable de todos los Gobiernos de Chile, que siempre vieron un gran peligro en esos profesores y maestros, apasionados y fanáticos, que convierten la Escuela en centro de propaganda de su partido o de su secta.

Y termino diciendo que no deben temer mis honorables colegas que en el cielo austral de nuestra República, en vez de la Cruz del Sur, brille una Cruz extranjera, porque no sólo los chilenos que descienden de españoles, no sólo los chilenos descendientes de araucanos, sino también los chilenos descendientes de germanos, formamos allá

la legión heroica de los defensores de Chile.

El señor Allende. — ¿Por qué con ese criterio liberal Su Señoría no analiza las palabras que están estampadas en el libro de Hitler, "Mi lucha", y a que dió lectura el señor Barrenechea? Palabras que establecen que el alemán que se mezcla con otra raza, desde ese momento no es alemán auténtico. El señor Barrenechea no se ha referido al pueblo alemán, sino que a esa mentalidad patológica que encarnan Hitler y al Movimiento Nacional Socialista.

—Hablan varios señores Diputados a la vez.

El señor Pairoa. — Se trata de un hombre que no quiere saber nada de otras naciones.

El señor Urrutia Ibáñez. — Si Hitler se ha referido en forma ofensiva a todas las razas, no veo por qué hemos de ser nosotros quienes se den por aludidos, cuando no nos consideramos inferiores a los alemanes.

El señor Godoy. — ¿Me permite? Yo quiero manifestar al señor Urrutia Ibáñez, no sé si logre cambiar su concepto, — me parece difícil — un hecho del que me tocó ser testigo ayer en la estación de Constitución a las 7 de la tarde. En ese momento, un grupo de españoles, falangistas, requetés o carlistas, todos uniformados y en estado de ebriedad la mayor parte, despedían a un señor Longendio, que es un diplomático clandestino que Franco tiene en este país. Un grupo de muchachos que me esperaban y que profirieron unos gritos de viva a mi Partido, fué contestado por los españoles, a que me refiero, con gritos de "Viva Franco", y sacaron sus armas, pues todos venían armados; y así, esto se epilogó en la Comisaría de Talca, donde quedó constancia del reclamo de los hechos de que me tocó a mí ser testigo.

El señor Urrutia Ibáñez. — Contestando al honorable señor Godoy, observo que los hechos por él denunciados son simplemente de policía y en nada afectan a nuestra dignidad nacional.

El señor Godoy. — No solamente los alemanes nazistas, sino que los "españoles falangistas" y los "italianos fascistas", hacen